

LA ALQUIMIA EN LA NARRATIVA MEDIEVAL (El alquimista fabricante de oro)

José FRADEJAS LEBRERO

Catedrático Emerito. U.N.E.D.

Al socaire de la ciencia pura florece la codicia. Que la alquimia, inicialmente, poseía valores científicos nadie lo puede dudar. Que en su desarrollo fue bastardeándose y dividiéndose tampoco es de olvidar. Porque hubo dos derroteros para la Alquimia: el auténtico, de valor universal y desinteresado, el propiamente científico que desembocó en la Química; esa ciencia maravillosa y terrible.

Pero también tomó otro rumbo acientífico, que excitó, a su arri-mo, la codicia humana y exacerbó las más bajas inclinaciones del hombre. Tentó a los seres humanos, y los burló: los dividió en grupos: el estafador y el estafado. El pseudo conocedor -pícaro e inteligente- y ansioso de bienes terrenos (¡oro!) por el camino más rápido posible, cuya inteligencia, si existe, queda obnubilada por la *cupiditas*.

Así aparecen en el mundo medieval, que pervivirá todavía siglos, dos tipos de individuos: el sabio fabricante de oro y el necio mecenas, ansioso de riquezas; y de nada valen los consejos que desde las diversas culturas y religiones se dirigen a la inteligencia y a las conciencias. Puede más el deseo de poseer que la misma razón que advierte de su imposibilidad.

He aquí cómo se manifiesta un catecismo político-moral, el *Bonium*:

*Para mientes a los que fassen el alquimia mayor, e farles buenos coraçones ca estos son los labradores, que non ha tal alquimia commo pobrar la tierra con sembrar e plantar*¹.

Ya se han divorciado la ciencia (Alquimia = Química) de su bastarda (Alquimia); véase, pues, cómo lo expresa Raimundo Lulio:

*Es imposible hacer la transmutación de un elemento en otro, ni de un metal en otro, según el arte de la alquimia*².

Porque esta es la persecución de los logrereros; hallar la *transmutación* y de este vano intento se aprovecharán los granujas -inteligentes, ¡cómo no!- mientras que los hombres de Ciencia siguen imperturbables su camino, aunque han de sufrir las consecuencias de los engañadores y truhanes, pues de rechazo serán acusados por la masa, e incluso por las instancias, más o menos cultas, y más o menos obligadas al examen atento y minucioso.

El Inquisidor Aymerich, en el S.XIV, carga las tintas indistintamente:

La alquimia especialmente es ocasión próxima de que invoquen al demonio los que se dan a ella por tener dinero, porque, si bien no es totalmente imposible que un rico procure hacer oro sin incurrir en sospecha de mágico, los alquimistas, que no tienen mucho caudal, como casi siempre se quedan pidiendo limosna después de sus tentativas, dan las más veces en llamar al diablo, o en acuñar moneda falsa

[Por esta razón, el moralista Eximenis decía que «la alquimia era arte de hurtar o engañar»].

Y continúa Aymerich:

Acaso los químicos se enojarán contra mí por lo que digo, mas no soy yo el único de mi dictamen, que otros muchos graví-

¹ *Bocados de Oro*, Ed. M. Knust, 1879, p. 170.

² LULIO, R.: *Libro de las Maravillas*, en *Obras Literarias*. Ed. Batllori, M. y Caldentey, M., Madrid, BAC, 1948, Libro VI, Cap. 36, p. 716.

*simos y doctísimos autores lo han sustentado. Fuera de que no alcanzo qué respuesta pueden dar a la autoridad del Papa Juan XXII, el cual en su constitución: «spondent quas non exhibent divitias pauperes alchimistoe» (los alquimistas pobres no muestran las riquezas que prometen), señala severísimas penas a los que venden oro o plata fabricados por los alquimistas*³.

[Que lo mismo ocurría en el mundo árabe lo asegura Ibn Jaldum].

Sin duda, tenía buena parte de razón -solo parte- el Inquisidor Aymerich, pero ni consideraciones históricas, sociales o morales valieron, porque es un anhelo universal e intemporal, la *aurea fomes*; la credulidad -aun en los que se supone inteligentes- sigue imperturbable su camino a través del tiempo, y cuando se produzcan bancarrotas hacendísticas -personales o nacionales- se repetirán los mismos hechos.

Durante la Edad Media se expresó este modo de existir y hacer en el *exemplo* y, así, nos lo encontramos desde el S. XIII incluso con valores folclóricos, pues Thompson lo incluye en su *Motif Index* bajo la sigla:

*K 111.4.- Pseudo-magic formula for making gold sold to king. Gold required for its manufacture carried off by manufacturer*⁴.

Se vale del estudio de Keller⁵ y da como únicos testimonios *El Zifar*⁶ y el ejemplo número XX en *El Conde Lucanor*, del Príncipe don Juan Manuel⁷.

Ambos cuentos son completos y en los índices no se diferencian, aunque hay un segundo aspecto que tuvo vida propia secularmente;

³ AYMERICH, N.: *Manual de Inquisidores*, Barcelona, Fontamara, 1974, Cap. XIV, pp. 103-4.

⁴ THOMPSON, S.: *Motif-Index of Folk Literature*, Bloomington, Indiana, 1955, 6 vols.

⁵ KELLER, J.E.: *Motif-Index of Medieval Spanish Exempla*, Knoxville, 1949.

⁶ *El libro del cauallero Zifar*, Ed. Ch. Ph. Wagner, Ann Arbor, 1929.

⁷ D. JUAN MANUEL: *El Conde Lucanor*, Ed. J.M. Fradejas, Barcelona, Plaza y Janés, 1984, pp. 108-111.

desprendámonos, por ahora, de variantes y vayamos al contenido.

I. Un nigromante dice saber fabricar oro; necesita ciertos polvos -que él ha hallado, raspando oro y, a veces, vendiéndoselo a los boticarios-. Hecha la prueba, efectivamente hay oro procedente de los polvos que él utiliza. Buscan este ingrediente, al no hallarlo el ambicioso señor le entrega gran copia de dinero para que vaya a buscarlos y el nigromante desaparece, enriquecido, con el dinero.

II. Sabido esto por el pueblo, se dice que se ha inscrito al Rey, o al Señor, en el «libro de las necedades» y ante la insistencia del estafado, de qué ocurrirá si regresa; se le contesta, borremos a Vd. y le pondremos a él.

Debemos, pues, considerar tres aspectos:

- A) Hay versiones coincidentes con el primer motivo.
- B) Existen versiones que incluyen los dos motivos I y II:
- C) Finalmente, hallo versiones solamente con el motivo II.

Aunque existen los tres tipos, y comprobaremos que A y C han circulado aislados e incluso puede que se hayan producido históricamente de forma independiente, la versión más antigua es, sin duda, la que agrupa los dos motivos: A (el alquimista engañador que huye con el dinero) y B (la inscripción en el libro de las necedades). Su origen fue anunciado por Puibusque:

*el cuento aparece en historias y descripciones de Persia*⁸

y demostrado por Rameline de Marsan⁹ al dar como versión más antigua la contenida en el *Libro de los defraudadores y estafadores* de Al Jawbari (finales del S.XII y S.XIII). Por el mundo árabe debieron circular ambos motivos y las tres versiones. Pero se singulariza esta de Al Jawbari¹⁰, seguramente basado en los dos motivos que oralmente

⁸ PUIBUSQUE, citado por DEVOTO, D.: *Introducción al estudio de D.J.M.*, Madrid, Castalia, 1972, p. 405.

⁹ DE MARSAN, R.E.: *Itineraire espagnol du conte medieval (VIII-XV° siècles)*, París, Kbincksieck, 1974.

¹⁰ A DJAWBAR, en DE MARSAN: pp. 617-622.

circulaban independientes. Este cuento complejo tiene gran belleza, profunda intencionalidad didáctica, cuidadosa elaboración del retrato psicológico del estafador y parece la culminación de una larga trayectoria oral. Porque hay algunos detalles significativos:

1. El estafador se disfraza de peregrino y de gran señor.
2. Regatea en la Venta del Tabarukk: da por cinco pesetas lo que vale mil duros.
3. Si fabricase oro sería solo para ayudar en la guerra santa contra los francos.
4. El sultán se ríe y premia a quien escribe su necesidad.

Ninguno de estos aspectos figurará en las versiones posteriores, que son críticas o se introducen por un caso (un físico, Zifar, o un «pelotillero», D. Juan Manuel).

Se ha producido una desfolklorización en manos de un artista y ha dado lugar a una obra maestra. Algo semejante hizo P. A. de Alarcón con *El sombrero de tres picos*.

Pero las afirmaciones: oral e independientes, merecen una glosa: Sabido es que Raimundo Lulio nos da una versión el *Calila e Dimna* en el *Libro de las bestias*¹¹ y se supone, con cierta verosimilitud que es consecuencia de la recepción oral obtenida en sus viajes por el Norte de África. Sin duda, el mismo origen tienen el cuento incluido en el *Libro Félix*¹² que se refiere únicamente al alquimista estafador, y

Este cuento lo encontramos también en *Las mil y una noches* (Noches 779-781; se prolongará en relato novelesco hasta la noche 831) y lo único que aclara es la existencia de los que «ejercen el arte de la alquimia y engañan a la gente robándoles sus riquezas». Pero en esta historia se trata de un persa, mago, que va a raptar e intentar matar a Hasan.

Lo referente a nuestro tema es la existencia de unos polvos amarillos (un Kohol amarillo) que llama «piedra filosofal» que convierten todo el cobre en oro puro. No es, pues, una parte de los materiales convertidos en oro —el que limado y espolvoreado en el matraz, y tampoco el mago, verdadera diferenciación— huye con el dinero del engañado para comprar en un lejano país, los *tabardit*, *tabarmukko* alejandriques.

¹¹ LULIO, R.: *Llibre de les besties*, Ed. P. Bohigas, Barcelona, 1965.

¹² LULIO, R.: En *Obras Literarias*, Libro VI, cap. 35.

el número I del *Baldus*¹³, que quizá tenga relación con los que debían circular por Italia, si bien ya a nombre de un «prelado», que lo enlazará, como veremos, con otro grupo, numeroso, de versiones de los siglos XVI y XVII.

Y si no tenemos el motivo C, aislado, en el siglo XIII en España, sí existe en *Il Novellino*¹⁴ italiano que, sin duda, fue recibido a través de Sicilia y luego será remodelado algo más artísticamente por el Pióvano Arlotto¹⁵ y deshuesado y magramente resumido por Hilario Pipiritaña, pseudónimo del gramático Felipe Monlau, en *Las mil y una barbaridades*¹⁶:

Cierto bufón tenía un libro en el cual apuntaba todas las faltas o burradas que cometían las personas más notables de su tiempo.

-¿Estoy yo apuntando en tu libro?, le preguntó un día el rey de Nápoles.

-Voy a verlo ...Sí; oíd: «Burrada que ha cometido Alfonso Rey de Nápoles, por haber mandado a Alemania a un alemán que había en su Corte, con doce mil florines de oro para comprarle caballos».

-Pero, ¿y si el alemán me trae los caballos, o me devuelve el dinero, qué dirás entonces?

-Entonces borraré del libro a V.M. y apuntaré la burrada del alemán.

No podemos asegurar que las versiones del tipo B hayan circulado por tierras hispánicas -lo cual no es imposible- porque, como veremos, hay algún detalle que podría contradecirlo y, sin embargo, yo personalmente me inclinaría por su difusión, dadas las diferencias entre las dos versiones: *Caballero Zifar*, y Príncipe don Juan Manuel.

La primera versión que coincide con el motivo K 111.4 de Thompson, no es mencionada ni por él ni por su fuente, Keller; nos

¹³ BLECUA, A.: «Libros de caballerías, latín macarrónico y novela picaresca, la adaptación castellana del *Baldus*», Sevilla, 1542. Boletín de la R A de B L de B XXXIV (1971-1972), pp. 147-239.

¹⁴ *Il novellino*, Milano, Rizzoli, 1975.

¹⁵ PIÓVANO ARLOTTO: *Facetie, fabulae, motti*, Venezia, 1520.

¹⁶ MONLAU, Felipe: *Las mil y una barbaridades*, Madrid, 1862³, p.245.

referimos a la de Raimundo Lulio, cuya intencionalidad está perfectamente clara: prevenir contra los engañadores. Es curioso que un aspecto concomitante, aunque diferente, aparezca en el *Baldus* (1542), aunque si procede del mundo italiano quizá corroboraría la difusión oral. No obstante, y como veremos, también pueden ser aspectos históricos y recurrentes, pues nos lo volveremos a encontrar en 1642 en obra de Alonso del Castillo Solórzano.

Sin embargo, las dos joyas «alquímicas» son las incompletamente citadas por los beneméritos Keller y Thompson.

La versión de *El caballero Zifar* es un ejemplo que da el Infante Roboan al Emperador de Trigrida, como consecuencia de la petición de consejo sobre un «físico» que sabía curar todas las enfermedades con tres yerbas: una para beber, otra para hacer unguento y la tercera para hacer un «gel» de baño. Pero no permite que nadie le acompañe a buscarlas y entonces interviene el infante Roboan contando «lo que contesció a un rey moro».

Observemos este aspecto: un rey moro y vemos que los elementos constitutivos son:

- a) El alquimista funde oro para engañar.
- b) Los polvos (alexandrique) utilizados son oro.
- c) El producto es oro de ley.
- d) Al faltar los polvos, le dan dinero para ir a adquirirlos.
- e) Huye con el dinero del Rey.
- f) El Rey ronda por la ciudad.
- g) Oye a unos jóvenes, reunidos, que ha hecho una necesidad y manda prenderles.
- h) Se justifican juiciosamente y ante su insistencia responden: «raeremos tu nombre del libro de la nesçedat e por-nemos ý el suyo».

La versión es amplia y artísticamente trabada, tanto en su introducción (discusión sobre el «físico») e intervención de Roboan. Los elementos a) e) son comunes, pero el f) (el Rey ronda por la ciudad) viene a reforzar, por decirlo así, el posible origen musulmán, ya que es un rey moro quien, como Harun Arraxid en *Las mil y una noches*, se

informa de lo que piensan sus súbditos a través de sus paseos nocturnos.

Este tema recuerda el refrán: «Quien escucha, su mal oye», tiene larga historia, ya que lo hallamos en Séneca (*De Ira*, Libro III, Cap. XXII, referido a Antígono)¹⁷ y Plutarco¹⁸ (*Apotegmas de Reyes y Capitanes*, Capítulo XXX), y hay diversas versiones españolas entre los S. XIV-XVII:

GARCÍA DE CASTROJERIZ, J.: *Glosa al Regimiento de Príncipes*¹⁹; SÁNCHEZ DE VERCIAL, C.: *Libro de los exemplos por a b c*, núm. 341²⁰; VALERA, Diego de: *Doctrinal de príncipes*²¹; MEXÍA, Pero: *Silva de varia lección*²²; REINA, Licenciado (J. de Céssoles): *Dechado de la vida humana*²³; SALAZAR, Ambrosio: *Clavellinas de recreación*²⁴; TIRSO DE MOLINA: *La prudencia en la mujer*²⁵.

Una variante exculpatoria y curiosa es la respuesta que dan los jóvenes: *Más dijéramos si hubiera más vino*, procede de Valerio Máximo²⁶ y Plutarco²⁷, que se repite en la cuentística española:

SÁNCHEZ DE VERCIAL, C.: *Libro de los exemplos por a b c*²⁸; MEXÍA, Pero: *Silva de varia lección*²⁹; HERMOSILLA, Diego:

¹⁷ SÉNECA: *Obras*, Trad. L. Riber, Madrid, Aguilar, 1966.

¹⁸ PLUTARCO: *Apotegmas de Reyes y Capitanes*, Capítulo XXX.

¹⁹ GARCÍA DE CASTROJERIZ, J.: *Glosa castellana al Regimiento de Príncipes de Egidio Romano*, Madrid, 1947, T.I., p. 133.

²⁰ SÁNCHEZ DE VERCIAL, C.: *Libro de los exemplos*, Ed. Keller, Madrid, 1961.

²¹ VALERA, Diego de: *Doctrinal de Príncipes*, BAE, Tomo 116, p. 180a.

²² MEXÍA, Pero: *Silva de varia lección*, Madrid, Cátedra, 1989, Parte II, Cap. VII, T.I, p. 577.

²³ REINA, Licenciado: *Dechado de la vida humana*, Valladolid, 1549, fol. XXv.

²⁴ SALAZAR, A.: *Clavellinas de recreación*, Rouen, 1614, nº 166, pp. 289-300.

²⁵ TIRSO DE MOLINA: *La prudencia en la mujer*, Jornada II, versos 926-927.

²⁶ VALERIO MÁXIMO: *Los nueve libros de los exemplos y virtudes*, Trad. D. López, Madrid, 1647.

²⁷ PLUTARCO: *Vidas paralelas*, Madrid, Aguilar, 1973. «Vida de Pirro», Pirro VIII, p. 423a.

²⁸ SÁNCHEZ DE VERCIAL: *Ob.cit.*, nº 419 (369).

²⁹ MEXÍA, P.: *Ob.cit.*, P. II, Cap. VII, T.I, p. 577.

*Diálogo de pajes*³⁰; REINA, Licenciado: *Dechado de la vida humana*³¹; TIMONEDA, J.: *IIª Parte de Sobremesa y alivio de caminantes*³²; SALAZAR, Ambrosio: *Clavellinas de recreación*³³.

El motivo h), sin embargo, plantea un problema que le acerca también a la versión del Jawbari. No se había mencionado «el libro de las necesidades» y aparece -en este momento- incongruentemente, a no ser que aceptemos definitivamente su procedencia del mundo árabe, que es el único, hasta ahora, que lo ha mencionado.

De forma, pues, que hay, al parecer, cuatro razones para creer en la dependencia de Al-Jawbari:

- 1ª. El contener los dos motivos principales.
- 2ª. Los polvos de «alexandrique».
- 3ª. La ronda real.
- 4ª. La presencia del «libro de las necesidades».

El segundo ejemplo es el cuento número XX el *Conde Lucanor*: «De lo que contesció a un rey con un omne quel dixo quel faría alquimia».

Con leves variantes, coincide con el Zifar y comienza así:

Uno se presenta al Conde y le ofrece gran honra y provecho.

Interviene Patronio y cuenta lo ocurrido a un rey:

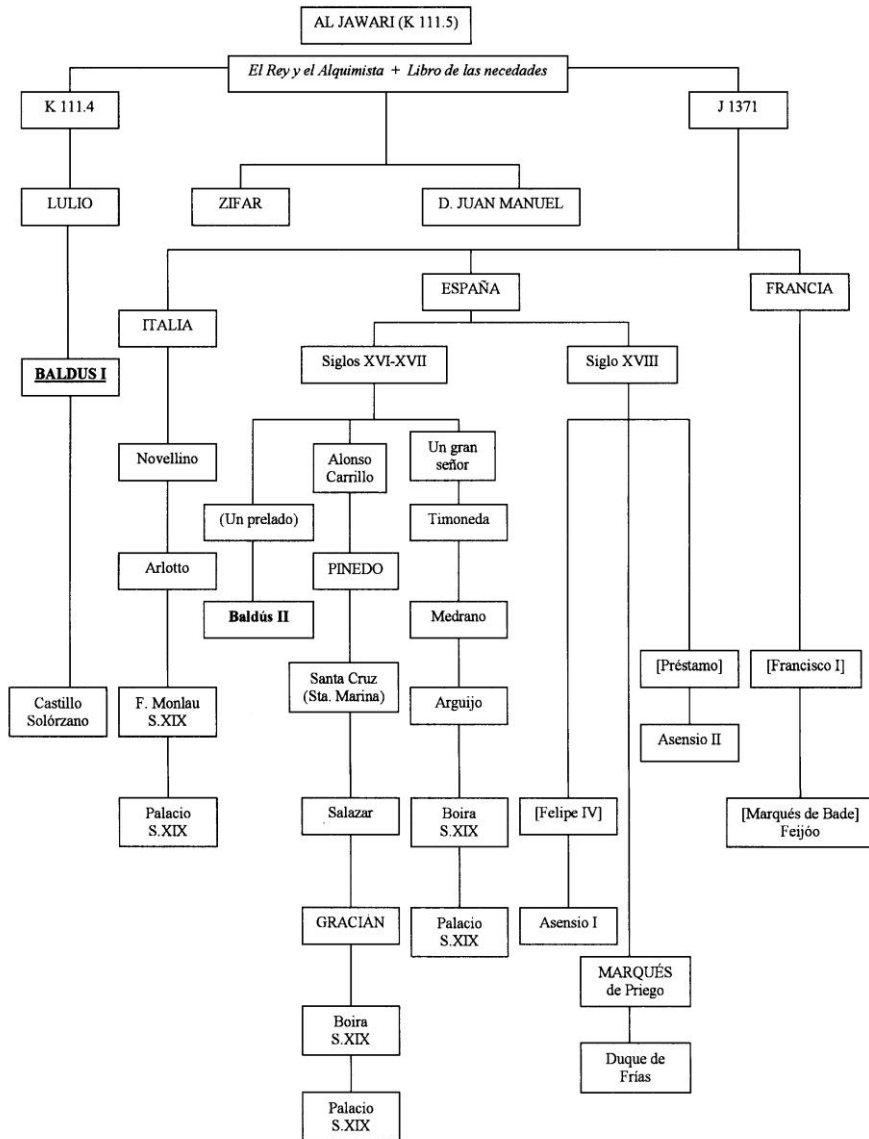
- a) Un (alquimista) golfín funde oro.
- b) La pella de polvos de «tabardí».
- c) El producto es oro de ley.
- d) Al faltar las pellas, falla la producción y le dan gran cantidad de dineros para adquirirlo.
- e) Huye con el dinero.

³⁰ HERMOSILLA, D. de: *Diálogo de los Pajes*, Madrid, 1901, p. 77.

³¹ REINA, Licenciado: *Ob.cit.*, fol. VII, R-V.

³² TIMONEDA, J.: *Segunda Parte del Sobremesa y alivio de Caminantes*, núm. 116 (22).

³³ SALAZAR, A.: *Ob.cit.*, nº 65, pp. 140-141.



- f) Deja escrito el desengaño encerrado en un arca. (Detalle singularizador, que acrecienta la necesidad real).
- g) Le inscriben en el libro de «los omes de mal recabdo».
- h) Ante la insistencia -estulta e incongruente, pues ya ha de-

jado el golfín constancia de su engaño- «los omes» responden que «si el otro veniesse, que sacarían al rey del escripto et que pornían a él».

Se insiste, pues, en la necedad real. El golfín ha dejado escrito que no existe *tabardíe* y aún más:

Sabet que vos he engañado, et quando yo vos dizía que vos fazía rico, deviérades me dezir que lo feziessse primero a mi et que me creeríades.

En consecuencia, la insistencia

el rey les dixo que avían errado, et que si viniessse aquel que avía levado el aver que non ficaría él por omne de mal recabdo

acrecienta la majadería real.

Por esta razón, y dada la devoción del príncipe don Juan Manuel por su tío don Alfonso, hay que rechazar la opinión de Puibusque, que pensaba que:

Se ríe de su tío Alfonso el Sabio porque daba crédito a las patrañas de los alquimistas y pretendía haber descubierto la piedra filosofal³⁴.

Tiene, pues, una intencionalidad didáctica: advertir contra los estafadores e ironiza vigorosamente contra *el rey*; nada extraño en quien se sublevó contra su Rey y se desnaturó del Reino en más de una ocasión y en quien se creía poseedor de todos los derechos y orgullos reales por herencia legítima de San Fernando, ya que su primo Sancho IV la había perdido, según confesión propia, expuesta, interesadamente, por don Juan Manuel en *el Libro de las armas*³⁵. Pero no contra su tío, al que apenas conoció -tenía 2 años cuando don Alfonso muere en 1284- y a quien admira: Y si no véase el prólogo al *Libro de la Caza*.

³⁴ PUIBUSQUE: Cfr. nota 8.

³⁵ D. JUAN MANUEL: *Libro de las armas*, Ed. Jiménez Soler, Zaragoza, 1931, Cap. III, párrafo 53, pp. 19-20. Separata de la Rev. *Universidad*.

Por otro lado, el nombre que da a los polvos difiere del que reciben en *El Zifar*, «alexandrique», y está íntimamente ligado al que le da Al Jawbari: «Tabarmuk» y que don Juan Manuel llama «tabardí». Extrañamente parecidos, en su primera parte: Tabar, y que pueden diferenciarse: por la mala comprensión o por las diferencias dialectales.

Varios filólogos han estudiado la palabreja y, sin ponerse de acuerdo, dan significados extraños:

1. Acaso del árabe tarba-adi (polvo de tierra), González Palencia³⁶.
2. Un femenino regular del bereber alerdi (harapo, andrajo)³⁷.

Un último aspecto que demuestra la fina intuición del Príncipe escritor: la motivación del estafador se justifica en

- La codicia simple en Al-Jawbari.
- Ascender a caballero en *El Zifar*.
- Nuevamente la codicia, *Conde Lucanor*.

Una vez más, aparece en don Juan Manuel la relación con el mundo árabe y su posible fuente, si no directa sí mediata.

Para una mejor comprensión de lo que hemos planteado, y de lo que va a seguir, he confeccionado el cuadro de la página siguiente, que anticipa y aclara las relaciones y descendencia entre las diversas versiones.

También el segundo aspecto, *El libro de las necesidades*, tuvo descendencia hispánica; tenemos que coincidir con M. Chevalier³⁸, quien las considera tradicionales en el Siglo de Oro y con el número B 2 y motivo J 1371 recopila las siguientes versiones: Baldus II, Juan

³⁶ D.JUAN MANUEL: *El Conde Lucanor*, Selección, Zaragoza Ebro, 1940, p. 53.

³⁷ STEIGER, A.: «El Conde Lucanor», *Clavileño*, 1953.

³⁸ CHEVALIER, M.: *Cuentecillos tradicionales de la España del Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1975, pp. 62-66.

Timoneda, Pinedo, Santa Cruz, Arquijo y Gracián, seis en total.

No dice nada en cuanto a su origen, que queda -después de lo dicho anteriormente- perfectamente claro; además, debía circular en otros ambientes narrativos, por cuanto el Licenciado Tamariz nos refiere las aventuras del necio que había anotado -y, en consecuencia, dominaba- todos los yerros y astucias femeninos:

*determinó d'escribir hierros de damas
que hubiessen echo en daño de sus famas.*

*Y para las faltas ir notando,
y aberlas d'escribir cumplidamente
acuerda siempre handar peregrinando
de lugar en lugar, de gente en gente
a todos largamente preguntando³⁹.*

El libro de las maldades femeninas, como el de las necesidades del rey o señor, parece tener origen oriental y ya lo vemos en el *Sendebár*⁴⁰ y en el capítulo octavo de *El jardín perfumado* del Jeque Nefzaoui⁴¹; son parejos al que leía diariamente para deleitarse Janky, el marido de la Mujer de Bath, en los *Canterbury Tales*, de Chaucer⁴².

Además de los citados por Chevalier existen otros que agrupo por el personaje protagonista: *Un prelado* (Baldus, II), el *Arzobispo Alonso Carrillo* (Pinedo, Santa Cruz y, procedente del Este, el de Santa Marina en su biografía de *Cisneros*⁴³, Ambrosio de Salazar y Baltasar Gracián); *Un gran señor*, Joan Timoneda, plagiado por Julián Íñiguez de Medrano, y Juan Arguijo.

Nueva y diferente andadura, en cuanto al protagonista que, hasta ahora era generalmente innominado excepto del Rey Alfonso de Nápoles. Se aproxima al «prelado» que veíamos en Baldus:

³⁹ TAMARIZ, Licenciado: *Novelas y cuentos en verso*, Ed. Rodríguez Moñino, Valencia, 1956, p. 51.

⁴⁰ *Sendebár*, Ed. Fradejas, Madrid, Castalia, 1990, Día VII, Cuento 18, pp. 124-125.

⁴¹ NEFZAOUÍ, Seicco: *El jardín perfumado*, Madrid, Mirasierra, 1977, Cap. VII.

⁴² CHAUCER, G.: *Cuentos de Canterbury*, Madrid, Reus, 1921, T.II, pp. 1-42.

⁴³ SANTA MARINA, L.: *Cisneros*, Barcelona, Yunque, 1939², p. 18.

El arzobispo de Toledo, don Alonso Carrillo, procuró e hizo grandes gastos y excesivos en hacerse alquimista, y daba grandes sueldos a los que lo entendían. A fama de esto vino a él un hombre no conocido, y asentándole partido en su casa para buscar ciertas hierbas y otras cosas necesarias, dióle copia de dineros y una buena mula en que fuese a lo buscar y traer.

Había en su casa un paje que, por gracia y tener que hacer y decir, asentaba en un librito que tenía las necesidades que por año se hacían por el arzobispo y sus criados, y asentó aquella que el arzobispo había hecho, con día, mes y año. Lo cual venido a oídos del arzobispo, díjole que por qué le ponía y acotaba aquella por necesidad hasta ver si venía el mensajero. Respondió:

– Cuando él venga, se quitará a vuestra señoría y se porná a él con más razón.

Pero aquí ya se nos plantean graves problemas: don Alonso Carrillo, Arzobispo de Toledo, es un pródigo⁴⁴, quiere valerse de un alquimista desconocido, que buscará las hierbas y le entrega «copia de dineros»; la conclusión es la normal ya.

⁴⁴ El carácter dilapidador de D. Alonso Carrillo está compensado por su caridad; a él se atribuirá también uno de los más curiosos cuentos: Diego de Hermosilla cuenta en su *Diálogo de los pajes* (1543), [Coloquio II, p. 22, Madrid, 1901, Ed. de Rodríguez Villa], lo siguiente:

«Un sobreseñor de esos que decís, quiso usar de esa maña con su amo, y como la nobleza y generosidad del señor debiera sobrepujar a la malicia y astucia del criado: «Pues traedme un memorial, le respondió, de los que parece he menester y son necesarios para mi servicio y de los que es bien despedirlos». El otro muy contento, pensando llevar hecho su negocio, trajo el memorial que le pidió. Visto por el señor, dijo: «Estos se queden, porque yo los he menester; y esotros también porque ellos me han menester a mí».

Este cuento anónimo pasará a ser protagonizado por el Arzobispo toledano en la *Floresta española de agudezas* (P.I, Cap. III), de Melchor de Santa Cruz (Madrid, 1574). Nuevamente es anónimo, aunque atribuido a «un Arzobispo de Toledo» en los *Contos e Historias de Proveito e exemplo* (Lisboa, 1575) y, finalmente, cambia de protagonista: D. Íñigo López de Mendoza, quinto duque del Infantado, personaje arruinado, de los que se queja en su Testamento (cfr.: Laina Serrano: «Historia de Guadalajara y los Mendozas»), en la *Miscelánea* de Luis Zapata (1591-1595), párrafo 195, p. 253, del Tomo II de la edición de I. Montiel, y un Conde Albano en *Los hidalgos de la aldea* de Lope de Vega.

¿Por qué el Arzobispo Carrillo? Quizá podamos desentrañar esta concreción por algún motivo real, con lo cual, además de hacer credibilidad, el nombre propio, la fama del protagonista avalaría la veracidad de la narración.

Dos textos contemporáneos nos aclaran, en principio, la cuestión:

Pues de las otras muchas, nobles e grandes iglesias militantes que allende lo esclesiástico profana e cauallerosamente gentes de guerra mantienen, de sola una quiero fazer mención, la qual es la muy excelente, maravilloso espejo de las iglesias del mundo, después de la romana, metropolitana iglesia de Toledo, la qual, dexados los maravillosos edificios e ornamentos, las grandes e muchas dignidades e clerizías, las notables memorias e cosas antiguas, las grandísimas rentas e tierras que tiene el reuerendo e magnífico Perlado de aquella, después de lo sobredicho, e satisfecha su casa e estado ordinario, el qual es en tanto grado costoso e de tanta gente e cirimonia que non Perlado, sy non Papa parece, paga de su propia renta mil o más ombres de armas, e por consiguiente otras prelacias, asy como Santiago o Compostela, Seuilla, e otras muchas e grandes dignidades⁴⁵.

Pero en el arzobispado, al decir de Juan de Lucena en su *Tratado de Vita Beata*, no todo era felicidad a pesar de sus rentas:

Piensa tú, señor Marqués, que no es tan pobre clérigo en todo su arçobispado, como el Arzobispo de Tolledo. Si al cura del Aldihueta, el pago fecho, le sobran al año diez, y al Arçobispo menguan diez mill, ¿dirás tú rico al que mengua o al que sobra? Pues mira su renta, mira también su gasto: los fructos del año que viene no pagarán las debdas d'ogaño. Queriendo usar de tanta prodigalidad como reyes, por grande que sea la entrada, fazemos mayor la sallida. Es tamaña nuestra ambición, que no contentos de nuestras rentas, pensando fazer el fierro oro, fazemos el oro fierro. Albertinos secretos y alfonsinas invenciones

⁴⁵ TORRE, F. de: *Cancionero y obras en prosa*, Ed. A. Paz, Halle, 1907, pp. 189-190.

*probando, pensamos fazer alquimia, y desfazémosla*⁴⁶.

Este carácter dúplice (pródigo y deseoso de saber) del Arzobispo de Toledo, nos lo ponen de manifiesto sus biógrafos Diego Guillén de Ávila:

*Allí están escritas con letras de oro
sus magnificencias en mucha estrañeza
y como hacía de al su tesoro
que no de mundana y mouible riqueza
con dádivas grandes passó la licencia*

.
*Y están las mercedes y gracias continas
que a chicos y a grandes hazie comunales
los quales serán jamás disciplinas
a quantos presuman de ser liberales
y esta que si gentes tenie principales
que onrrauan su casa con gratos seruicios
también sostenía con sus beneficios
los menesterosos de ajenos caudales*

.
*Estaua en la grada cabe sta siguiente
la liberalidad con mucha medida
la qual le recibe con gesto plaziente
y así se razona en esta figura
pues qu'en el mundo con largueza pura
tus grandes aueres tan bien repartiste,
aquellos tesoros, que alla desheziste,
aquí te darán perpetua holgura*⁴⁷.

y el madrileño Fernando del Pulgar:

Plazíale saber esperiencias y propiedades de aguas y de yerbas y otros secretos de natura. Procurava sienpre aver grandes riquezas, no para fazer thesoro, mas para dar y distribuir. E este deseo le fizo entender muchos años en el arte del alquimia. E como quier que della no veía efecto, pero creyendo sienpre al-

⁴⁶ LUCENA, J. de: *De vita beata*, en *Opúsculos literarios*, Madrid, 1892, SBE, pp. 168-169.

⁴⁷ GUILLÉN DE ÁVILA, Diego: *Panegírico ... de la Reyna doña Isabel y Loor de don Alonso Carrillo, Arçobispo de Toledo*, Valladolid, 1509.

cançarla para las grandes fazañas que imaginava fazer, sienpre la continuó en la qual y en buscar thesoros y mineros consumió mucho tiempo de su vida y grand parte de su renta, y todo quanto más podía aver de otras partes. E como vemos algunas vezes que los omes, deseando ser ricos, se meten en tales necesidades que los fazen ser pobres, este arçobispo, dando e gastando en el arte del alquimia, y en buscar mineros y thesoros pensando alcançar grandes riquezas para las dar y destribuir, sienpre estava en continuas necesidades⁴⁸.

Por ello, no es de extrañar que Alfonso de Palencia, con su mordaz carácter, relate en su *Crónica de Enrique IV* este episodio en que la alquimia y las rivalidades cortesanas tienen proporciones similares y las consecuencias disparejas. Así nos presenta Fabié a los protagonistas:

Formaban parte de la corte de los Príncipes [Fernando e Isabel] dos personajes a quienes Palencia califica de turbulentos; era el uno Fray Alfonso de Burgos, y el otro se llamaba Alarcón, el primero alcanzó cierta fama y autoridad como predicador y sirvió a los Príncipes como intermediario en algunas negociaciones: el segundo era personaje mucho más embrollado, pues aunque se decía de la ilustre familia de los Alarcones de Cuenca, había corrido mucho mundo y hacía profesión de alquimista y aun de mágico; en este concepto le tenía con grandes consideraciones en su casa el Arzobispo de Toledo [Alonso Carrillo], que confiaba en que Alarcón le hallaría la piedra filosofal, no necesitando menos aquel prelado para sus prodigalidades⁴⁹.

He aquí la narración del humanista y cronista A. de Palencia:

Alarcón más osado y astuto, y que autorizado por el Arzobispo asistía asiduamente a los consejos e intervenía con excesiva familiaridad en las conversaciones, llevaba muy a mal estas preeminencias en fray Alonso, y sembraba sin cesar la cizaña para que el enojo del Toledano recayese en daño de su rival.

⁴⁸ PULGAR, Fernando: *Claros varones de Castilla*, Ed. Tate, Madrid, Taurus, 1985, pp. 137-138.

⁴⁹ FABIÉ, A.M. [Alfonso de Palencia]: *Discurso ante la R.A. de la H.*, Madrid, Fortanet, 1875, p. 48.

Ardía el palacio en rencillas y murmuraciones de uno y otro bando, en acusaciones y virulentas calumnias, y faltos ya los ánimos de la acostumbrada prudencia, fue preciso que comparciesen ambos calumniadores ante la Princesa para arrancar tan perniciosa semilla. Las recíprocas acusaciones dejaron al descubierto la malvada astucia de Alarcón y el carácter colérico de fray Alonso, porque éste con el báculo que llevaba arremetió contra su contrario, provisto de otro, y tan furiosamente se aporrearón, que era imposible separarlos por no hallarse allí hombre alguno y ser muy pocas las doncellas que a causa del calor acompañaban en el tileno (sic) al mediodía a la princesa. Dieron gritos sin atreverse a intervenir en la pelea; acudieron los criados, y en cuanto la Princesa los vio desasidos, desahogó su reconcentrada ira prohibiendo a fray Alonso la entrada en la cámara durante algunos días, y mandando arrojar a Alarcón del palacio. El Arzobispo le acogió liberalmente y aun se mostró algo sentido de que pareciese desterrado de la corte⁵⁰.

La solución final fue tremenda y lógica:

El alquimista siguió teniendo gran ascendiente en su ánimo [del Arzobispo] pagando al fin sus culpas, tiempo adelante, degollado en Zocodover de Toledo⁵¹.

Como prolongación de la quiebra financiera del pródigo arzobispo Carrillo resurge, de nuevo, en la época de Felipe IV. Así se pronuncia el Dr. Marañón:

El Conde-Duque acogía igualmente ... a los rufianes y dementes que le ofrecían el dinero y por un medio aún más simple, que era el fabricado con tierra o con cualquiera otra substancia menos noble. Un pobre estudiante holandés estuvo tratando, bajo los auspicios oficiales, de convertir en plata pura una mezcla de plata y cobre; fracasó, como es natural y acabó con sus huesos en la cárcel.

Más listo fue otro extranjero al que se concedió también laboratorio para sus experiencias en el mismo Buen Retiro, que ase-

⁵⁰ PALENCIA, A. de: *Crónica de Enrique IV*, BAE, T.258, Libro VIII, Cap. V, p. 100a.

⁵¹ FABIÉ: *Ob.cit.*, p. 49.

guraba obtener la plata de «cosas muy viles». Como la transformación no iba por buen camino, huyó una noche con 2.000 ducados que había pedido como material de ensayo⁵².

Al pobre diablo le alcanzaron y detuvieron, pero tal es el ansia y la necesidad de oro que, nos dice otra noticia de entre el 22 y 29 del mismo mes y año de 1636:

A don Vicencio Lupati, que es aquel embustero que ha dos años que ofrecía hacer plata, después de tan larga prisión, le han dado oídos de nuevo y le han llevado al Alcázar de Segovia, donde dicen que hace plata y que la ha hecho⁵³.

Pero tantos y tan seguidos fracasos le llevaron a prisión, según noticia del 7-XI-1637:

El señor don Vicente Lupati Máximo, que es el que ahora hace tres años trataba de hacerla en el Buen Retiro, está todavía preso en la cárcel de Segovia⁵⁴.

No obstante, no cesó la Corte en su búsqueda y se produjeron hechos muy próximos a los ocurridos en la época de Enrique IV:

Aún no nos desengañamos ni perdemos la esperanza de hallar en esta era la piedra philosophal, que la buscaron tantos sin toparla, porque se oye a todos los que afirman que saben hacer oro y plata. Y últimamente habiendo un fraile carmelita calzado ofrecido hacer plata de cualquier otro metal, le señalaron una junta que viese y asistiese a la prueba, y fueron de ella Don Lorenzo Ramírez de Prado, don Francisco de Calatayud y el Marqués Virgilio Malvezzi, quedando excluido Francisco de Rioja por dos causas, la una porque dixo en ocasión que el mocito irlandés intentó los meses pasados hacerla en su presencia, que cuantos presumían de hacer plata eran locos, y que también lo eran los que creían que se podría hacer. La otra causa es por-

⁵² MARAÑÓN, G.: *El Conde Duque de Olivares*, Madrid, Espasa Calpe, 1965¹², Col. Austral, Cap. VIII, p. 90.

⁵³ RODRÍGUEZ VILLA, A.: *La Corte y Monarquía de España en los años 1636-37*, Madrid, Luis Navarro, 1886, p. 68.

⁵⁴ RODRÍGUEZ VILLA: Id. p. 215.

que no quiere concurrir a donde el Marqués entra. Lo que de esta postrera junta ha resultado, ha sido que habiendo el dicho fraile hecho diferentes veces sus diligencias en presencia de los dichos señores, dos plateros los más antiguos de la platería declararon delante de S.E. debajo de juramento que la masa del fraile no era plata ni nada.

El doctor Moncada, el cajón, tan conocido por sus arbitrios impresos sobre la restauración de España, ha hecho un papel muy docto en esta materia, probando con varias razones que, dado que alguno supiese hacer plata, no convendría al servicio de S.M. que la hiciese, porque los holandeses la harían luego también y nuestras Indias no nos serían de provecho; y dice otras cosas a este propósito⁵⁵.

De acuerdo con estas pretensiones de Felipe IV y el Conde Duque de Olivares están los capítulos IX-X de *La garduña de Sevilla*, de Alonso del Castillo Solórzano⁵⁶.

Garay y Rufina están hospedados en una quinta, en las afueras de Córdoba, propiedad del genovés Octavio Filuchi, en cuya biblioteca observan que figura

Arnaldo de Vilanova, y junto a él estaban Paracelso, Rosino Alquindo y Raimundo Lulio

pues era conocedor de la química, «ciencia que tanto apreciaba». Garay

que había estudiado en aquel arte, y aún perdido alguna hacienda en investigar la piedra filosofal

coge la ocasión por el copete y afirma:

no ha dejado de leer y estudiar ningún autor químico, y conozco razonablemente al señor Avicena, Alberto Magno, Gilgilides, Jervo, Pitágoras, los secretos de Cálido, el libro de la Alegoría

⁵⁵ RODRÍGUEZ VILLA: Id. p. 215.

⁵⁶ CASTILLO SOLÓRZANO, A.: *La garduña de Sevilla*, París, Michaud, s.a., Caps. IX-X, pp. 112-141.

de Merlín, de secreto lapidis y el de las Tres palabras, con otros muchos manuscritos e impresos

y trama con Rufina una invención: Él es un gran alquimista que ha conseguido la piedra filosofal y se lo demuestra: con azófar, que hace derretir, mezcla unos «polvos», en un descuido de Octavio, los arroja por una ventana y los sustituye por una barreta de oro. Tras media hora lo retiran y, claro es, aparece una masa de oro.

Cuenta Garay su historia afirmando que

han llegado las noticias que de mí tienen a oídos de su majestad, y así soy buscado con mucho cuidado por varias partes ...

porque

Su majestad está hoy con guerras en diferentes partes, cuyo gasto es tan grande que para socorrer su gente, no solo ha menester sus rentas y flota que viene de Indias, sino valerse de la ayuda de sus vasallos, pues si yo fuese hallado en los que diligentemente y con cuidado me buscan, sabiendo que con mi arte puedo remediar todo esto con mucha facilidad, claro es que prendiendo mi persona han de dar con ella en una fortaleza, que ha de ser cárcel para toda mi vida, pues en ella no tengo de hacer otra cosa que trabajar siempre para aumentar los tesoros de mi rey y darle poder.

Continúa el engaño, estafa y huida, dejando al ambicioso genovés arruinado.

Si comparamos con las noticias sobre Vincenzo Lupati, nos da la fuerte impresión de que es una trasposición de los sucesos ocurridos en la corte madrileña. Y dado que esta novela se publicó en 1642, nada de extraño sería que Castillo Solórzano hubiese trazado su ficción novelesca teniendo como base aquellos hechos y como intencionalidad la crítica social a la credulidad y ambición real.

De las repercusiones y hablillas madrileñas al respecto se hace eco, todavía en 1646, Luis Vélez de Guevara, en *El diablo cojuelo*:

Aquel alquimista que está en aquel sótano con unos fuelles, inspirando una hornilla llena de lumbre, sobre la cual tiene un perol con mil variedades de ingredientes, muy presumido de acabar la piedra filosofal y hacer el oro; que ha diez años que anda en esta pretensión, por haber leído el arte de Reimundo Lulio y los autores que hablan de este mismo imposible⁵⁷.

Tres versiones aparecen entre las recogidas a mediados del S.XIX por Boira y Palacio:

1. La más antigua procede del mundo italiano, lo cual queda claro por su atribución a Alfonso V de Nápoles. Y le siguen, aunque ignorando el protagonista y quien entrega el dinero a un chalán para adquirir un caballo lo recogen Boira (T.I, p. 142) y Palacio (T.I., p. 149). Lo notable es que no hay dos versiones, sino una única que se deduce de la comparación. Temporalmente, Boira es el más original y Palacio, plagia; a no ser que los dos plagien un texto anterior, lo que no parece verosímil, en vista del siguiente:

2. Le sigue en el tiempo, atribuida a don Alonso Carrillo, procedente de la *Floresta española*, al menos las primeras frases son idénticas y luego hay notables, pero no sustanciales, variantes.

3. En tercer lugar tenemos un texto extenso muy bien organizado: el alquimista se burla y estafa a un Conde ruso al adquirir «badea», elemento fundamental para hacer el oro. Primero aparece en Boira (T.II, pp. 279-282) y luego en Palacio (T.II, pp. 579-581)⁵⁸.

⁵⁷ VÉLEZ DE GUEVARA, L.: *El Diablo Cojuelo*, Ed. Rodríguez Marín, Madrid, Espasa Calpe, Clas. Castellanos, Tranco II, pp. 40-41.

⁵⁸ Es poco conocido el movimiento de revalorización y recopilación del cuento, ora de origen teatral ora tradicional, que se manifiesta a partir de 1848:

-Jiménez y Hurtado, M.: *Cuentos españoles* (Calderón, Tirso, Alarcón, Moreto), Madrid, Sevilla, 1848.

-Mesonero Romanos, R.: *Cuentos, fábulas, descripciones, diálogos...*, Madrid, 1848.

-Bustillo, E. y Luston, E. de: *Galas del ingenio (cuentos, pensamientos y agudezas)*, Lope de Vega, Calderón, Alarcón, Madrid, S. Martín, 1879.

-Bustillo, E. y Luston, E. de: *Galas del ingenio (cuentos, pensamientos y agudezas)*, *Contemporáneos de Lope de Vega*, Madrid, San Martín.

-Bustillo, E. y Luston, E. de: *Galas del ingenio (cuentos, pensamientos y agudezas)*, *Contemporáneos de Lope de Vega*, Tirso, Moreno, Roqué.

A esto hay que añadir la labor de doña Cecilia Böhl de Faber -Fernán Caballero-

Observemos, finalmente, algunos aspectos:

1. Llamativos son *los ingredientes: polvo de oro* (en Lulio I, Baldus I), Alexandrique (Zifar), Tabardit (Don Juan Manuel), *oro* dado o en préstamo, *hierbas* (Lulio II, Baldus II, Pinedo), *aparejo* (Timoneda, Medrano), materiales y vasijas (Santa Cruz).

Pero junto a este aspecto alquímico aparecen otros: comprar caballos (Arlotto), préstamo a un mal pagador Asensio); llevar un correo casi imposible (Asensio), permitir el paso por Francia (Triboulet).

Con relación a este aspecto se nos impone una conclusión: cada uno de los autores -excepto Medrano, que plagia- muestra una enorme libertad creacional y produce variantes si no significativas sí características de la personalidad de cada uno de los autores de las facecias. Hay tradición pero, también, hay originalidad o libertad narrativa para no sentirse aherrojados a la fuente que -quizá, ¿por qué no?- sólo recordarán oralmente y de ahí las variantes y hasta los cruces de fuentes origen de esas variantes.

2. Los *protagonistas* tienen también unas curiosas y significativas variaciones: en general, el protagonista es un ambicioso (Rey, Duque, Gran Señor, Perlado o Sabio) o un confiado (Lulio II, Alfonso V, Federico, Felipe IV).

Tres son, sin embargo, los casos significativos: el Arzobispo Carrillo, codicioso y creyente en la alquimia; Felipe IV, que lo mismo que Federico II es un ingenuo; pero en el caso español se muestra, a la

como recopiladora ora incluyéndolos en su obra novelesca, ora en colecioncitas más o menos orgánicas. Hoy podemos observar un panorama completo con el cataloguillo que hizo

-Chevalier, M.: «Inventario de los cuentos recogidos por Fernán Caballero», *RDTP*, 34 (1978), pp. 49-65. Pero, además y en esta misma dirección, tenemos otras tres obras importantísimas:

-Monlau, F.: *Mil y una barbaridades*, Madrid, Rivadeneyra, 1862³.

-Boira, R.: *El libro de los cuentos*, Madrid, 1862³, 3 vols.

-Palacio, M. del y Rivera, L.: *Museo cómico o tesoro de los chistes*, Madrid, Guijarro, 1863-4, 2 vols.

vez, la bancarrota real y su, también, creencia en la alquimia; y, finalmente, Francisco I, que traslada el cuento a otra realidad sociopolítica: la rivalidad entre Carlos I y él durante la primera mitad del S. XVI.

Nuevamente, pues, observamos cómo, sobre un cañamazo tradicional, cada autor ha bordado su propia narración. Tradición y originalidad se hermanan.

Caso curioso es *la cantidad de dinero* que levanta el alquimista o pícaro: es llamativo que Santa Cruz hable de una «buena cantidad», Pinedo de «copia de dinero» y Gracián de «gran cantidad», todos ellos pertenecen a un mismo grupo: el que atribuye el protagonista al Arzobispo Carillo; sin duda, se puede deducir una fuente común también por aquella causa. Hagamos notar a este respecto que Lulio I se refiere a «un gran tesoro» y en el II a «mucho dinero», mientras que el Baldus I a «más dinero». ¿Fue Pinedo quien creó el personaje Carrillo y siguió a Lulio o Baldus en la indefinición?

Pero lo más significativo es que la cantidad gire en torno al número 5 y sus múltiplos: 50 fiorini (Novellino), 50 doblones (D. de Frías), 5555 alfonsinos de oro (Arlotto), 500 ducados (Timoneda, Medrano, Arguijo), 1.000 ducados (Asensio en las dos versiones), 100 en Baldus II.

Por este motivo se pueden rastrear dos aspectos: uno posibilidad de influencia Arlotto (Timoneda-Medrano-Arguijo), mientras que Baldus actúa libremente y Arlotto hiperboliza. ¿Ha habido una adecuación temporal no sólo del nombre de las monedas, sino también al valor adquisitivo de ellas en sí? Es muy posible, por cuanto observamos la elevación en Asensio -1.000 ducados- en ambas versiones.

Por otro lado, creo que deberíamos revisar la clasificación de Keller y Thompson y establecerla de esta manera:

K 111.4. Versiones de Lulio, Baldus y Castillo Solórzano.

K 111.5. Al-Jawbari, Zifar y don Juan Manuel.

J 1371. El resto de las versiones referentes, exclusivamente, al

Libro de las necesidades.

Se habrá observado que casi todos nosotros -en cuanto medievistas- tenemos unas mismas inquietudes y unas semejantes aspiraciones.

Por un lado, observamos «golosos» las hondas raíces de lo hispánico que creemos están, entre otras instancias, en lo semítico -arábigo y hebreo- y buena muestra es el cuento que acabamos de analizar que, sin duda, procede del mundo -atención- arábigo pero por modo oral, tradicional y folklórico; y, por otro lado, el clásico -greco-romano- del cual hemos observado, en este mismo cuento, una variante procedente de Valerio Máximo. Además, observamos la unidad románica: versiones italianas que beben -sin duda- en la misma fuente árabe y versiones francesas que suelen rebotar y pasar de un país a otro, correlacionándose con el modo de ser: carácter de Alfonso V de Aragón según el italiano Arlotto o Carlos I según Triboulet.

En cuanto a nuestro cuento, nos gustaría saber si hubo algún califa o emir tan codicioso como los reyes y grandes señores que nos han servido de ejemplo; porque es de saber que la Edad Media y la creación que en ella se produce ha persistido secularmente y ha informado otras épocas: especialmente en el Renacimiento (con ediciones del *Zifar*, *Doncella Teodor*, *Conde Lucanor* y *Bonium*); el Barroco y el Romanticismo, con los temas históricos y la sensibilidad particular. Incluso hemos llegado a pensar si la Historia no será una espiral que en determinados momentos y cuando coinciden algunos condicionantes se producen (lo podemos observar en nuestro cuento: Arzobispo Carrillo-Conde Duque de Olivares) hechos similares. Es la formulación de Nietzsche con respecto al *Eterno retorno* que tan espléndidamente expuso Mircea Eliade y, precisamente, la codicia hace que el estafador resulte estafado, secularmente, como en los timos del *toco-mocho*, versión concomitante del Alquimista fabricante de oro.